

sabía lo que le pasaba y como la mujer de Loth, volvía sin remedio atrás la vista y tomaba por ideal de su monarquía la pira donde se abrasaban los restos de la sociedad antigua y el disco de un sol apagado que se había convertido en inmenso é insondable océano de frías aventadas cenizas.

El día 5 de Mayo de 1789, verificóse la sesión régia. Una sala espaciosísima, llamada «des Meus», sirvió de teatro. Toda ella estaba magníficamente tapizada y arreglada, pues el Rey no había querido que se perdonase ningún gasto. Murmuraban los diputados del Estado Llano contra la resistencia de Versalles; primero, porque en aquella ciudad de palacios donde los nobles tenían sus casas á la sombra del palacio real, no había para ellos residencia cómoda y barata, y después, porque les faltaba el auxilio poderosísimo del pueblo de París. Mas la Monarquía deseaba conservar en Versalles la capitalidad; primero, porque desde los tiempos de la Fronda, París se presentaba siempre á sus ojos como una ciudad inquieta, democrática, republicana; y después porque los Estados Generales, según sus propósitos, debían aparecer á los ojos del pueblo como dirranados, no del derecho de la nación, sino de la voluntad del soberano. Debe leerse esta sesión régia en las *Gacetas* y periódicos del tiempo, que tengo á la vista, y tan bien conservados como un número de *El Imparcial* ó de *La Correspondencia*. Es la una de la tarde. Mil doscientos diputados llegan ahora, y espectadores innumerables se amontonan por todos aquellos dilatadísimos espacios. A la derecha del trono se asienta el clero; á la izquierda se asienta la aristocracia; enfrente el pueblo. Los heraldos, vestidos de la aparatosa manera que es ya secular en el viejo Versalles, anuncian á grandes voces la venida del Rey. Aun el aire no las ha comunicado al oído, cuando todo el mundo se pone de pie y saluda con júbilo, sin distinción de dignidades y castas, al jefe del Estado. El Rey sube las escaleras de su trono, sin advertir los estremecimientos que le sacudían, y que resonaban allá en los abismos donde se levantaban sus bases. Desde aquellas alturas, bajo el dosel recamado con flores de lis, como desde la cúspide altísima de la primera nación de Europa, cierne su mirada tranquila sobre todo el concurso resplandeciente de brillantísimos resplandores. La Reina, fuera del dosel, en silla baja y aparte, como para dejar á la Monarquía en su severa unidad, parece, cuando mira tal Asamblea de cerca, aun más desasosegada que el día anterior. Los príncipes de la sangre, los ministros de la corona, los pares del reino circundan al Monarca; y su numerosa comitiva, de toda gala, con sus uniformes varios, sus mantos de rozaga, sus plumajes de mil colores, sus hábitos de órdenes diversas, sus veneras y preseas, ocupan las gradas del trono en sus últimos días de poder y majestad con arreboles análogos á los producidos por esas nubes circundantes al sol, y parecidas, por la absorción de los rayos, al mismo astro del día que embellecen y agrandan como en señal de triste despedida, á la hora misma en que avanza y se acerca con sus tinieblas la noche. El Rey va á hablar, y el guardasellos lo anuncia á la Asamblea con imperioso gesto.

...de poder y majestad
...circundantes al sol, y parecidas, por
...el día que embellecen y agrandan como en se-
...a que avanza y se acerca con sus tinieblas la no-
...llos lo anuncia... Asamblea con imperioso gesto.



APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES

Silencio profundísimo sucede á esta intimación soberana, y diríase que todo el mundo reprime el aliento y aguza el oído á fin de recoger mejor las reales palabras. El regio discurso pecaba de vulgar. Desde cimas tan altas, pasábale al Rey lo que le pasaría de seguro á quien, deseando conocer en todas sus minuciosidades una ciudad, se subiese á la montaña mayor ó á la mayor eminencia que la dominase. Un nuevo mundo surgía en aquel momento á su vista. Sobre ese mundo fulguraban ideas desconocidas de las generaciones anteriores. En aquella Asamblea y en aquel momento como que bramaba y se removía el infinito océano que se llama el alma humana. La sociedad antigua se derrumbaba en fragmentos y la nueva sociedad venía á más andar sobre todos. Y el hombre á quien le tocara en suerte ser como el motor de este gran movimiento, no comprendía nada de cuanto á su alrededor pasaba, y profería las palabras empleadas por sus antecesores en los días y en los instantes de más calma. El Rey comenzaba por un vulgar cumplimiento; seguía recordando el tiempo transcurrido entre una y otra reunión de los Estados Generales, como si del hecho más natural se tratase cuando entre ambas reuniones existían dos siglos de nuestra era y dos fases de nuestro espíritu; y por fin, acaba con cuatro vulgares palabras relativas al Tesoro y á los sacrificios necesarios que debían consumir las clases privilegiadas para salvarlo. Error irreparable. Mostrábase bien á las claras en esta hora suprema el secreto pensamiento que movió al Rey para reunir los Estados Generales. No era el respeto á la soberanía de la nación, ni el deseo de consultar su voluntad y su pensamiento, ni el culto al derecho, no; era el hambre, la ruina de su tesoro, la imposibilidad de cerrar el déficit con los procedimientos antiguos, que habían abierto una sima insondable al pie de la monarquía. Y esta triste esterilidad del principio antiguo, y este su estrecho egoísmo contrastaba de singular manera con las nobles aspiraciones de la democracia, y con sus principios y con sus sistemas y con aquel afán general en todos sus representantes de reducir á fórmulas prácticas las fórmulas abstrusas de toda filosofía, é iniciar, no sólo para Francia, sino también para la especie humana, otra edad nueva en la Historia. De un lado se veía el principio antiguo, rígido, frío, insensible como la muerte; y de otro lado, el nuevo principio lleno de calor, de fuego, de una riquísima variedad de manifestaciones, como le sucede á la vida. La oración del guardasellos vino después todavía á enfriar más la Asamblea. Delante de aquellos que se creían la justicia del pueblo, hablaba de la gracia del Rey, como si quisiera contraponer dos principios que para un rígido parlamentario debían resultar idénticos. Seguían luego orientales encarecimientos de la estirpe divina del Rey, contrarios á las ideas capitalísimas de los representantes y enumeraciones de mejoras y reformas que mil veces se habían proyectado y nunca se habían cumplido, agitando á la nación entera sobreexcitada en sus aspiraciones, y de nuevo caída en profundo desmayo, no sólo bajo los inconvenientes de los males profundos, sino también bajo los inconvenientes de los remedios fallidos y de los planes frustrados. La libertad de los mares, la independencia de Amé-